

LAS LEYES DE LA FÍSICA

Como todas las noches después de una tormenta, encontré la plaza completamente vacía, en perfecto silencio. Adoraba esa sensación. Me senté en un banco frente al reloj, encendí un cigarrillo, y observé el humo escaparse ante mis ojos.

No recuerdo qué cadena de pensamientos me llevó a contar los charcos de la plaza. “Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho,...” Un momento. Aquel charco, el diecisiete, tenía algo extraño. Observé con detenimiento durante unos segundos sin comprender cuál era el problema, hasta que caí en la cuenta: el reflejo. Aquél charco mostraba dos farolas y un contenedor que se encontraban a mi espalda. No era posible, allí debería verse el reloj de la plaza...Me levanté atónito y me acerqué despacio. Al moverme el reflejo fue cambiando, pero en ningún momento vi lo que se suponía que debía ver. Llegué a su altura, me agaché y me incliné sobre él. Nada. Donde debería haberme visto yo sólo había una pared desconchada. Extendí la mano incrédulo como para cercionarme. Y en el preciso momento del contacto de mis dedos con el charco, este se estremeció levemente, como reajustándose. De golpe, mi reflejo apareció ante mis ojos. Retrocedí espantado, y me senté en el suelo húmedo. No era posible, no era...

- A ver si cambian de una vez ese maldito charco diecisiete. Es la tercera vez que se estropea esta semana – dijo una voz detrás de mí.

Sobresaltado, me giré para encontrar un barrendero que me miraba divertido. No pude articular palabra.

- Oh, vamos. No me diga que de verdad se creyó eso de las leyes de la física. - sonrió. Y silbando tranquilamente desapareció por uno de los arcos de la plaza, dejándome a solas con un Universo que entendía menos que nunca.